

Pidiendo un Ortega desde dentro

Con motivo del centenario de Ortega no estaría tal vez fuera de lugar reiterar algunas de las cavilaciones con que el gran filósofo español empieza su estupendo ensayo, de encabezamiento parecido a éste, sobre Goethe, precisamente sobre el centenario del genial alemán. Porque no sé exactamente qué hacer con las fechas 1883-1983. No parece fácil asociarlas; es como si fueran signos de épocas radicalmente escindidas. Además, creo que nos preocupa demasiado nuestro 1983 para que podamos evocar aquel otro 83 tan cercano y tan remoto a la vez. El mundo ya no es para centenarios, y si evocamos fechas con ese motivo lo hacemos" con alguna contrariedad, que revela quizá nuestra poca lealtad al pasado. En siglos más normales —lo cual quiere decir que éste es de signo opuesto— las épocas anteriores gozan de una segunda existencia, encapsuladas en las posteriores. Así, por ejemplo, el siglo xviii perdura en el xix. En los gestos e ideas decimonónicos vislumbramos restos e inacabamientos del siglo xviii. Pero el nuestro, el xx, tiene el cariz de algo insólito. Es tal su novedad que parece excluir todo lo anterior. Si la historia, en épocas más tradicionales, tiene mucho que decirnos en sentido aleccionador, hoy día queda más o menos desprestigiada y es de signo negativo. Lo histórico se confunde con lo meramente viejo y, en la mayoría de los casos, incluso los decisivos, se nos antoja que la historia es un mundo caduco lleno de antiguallas y curiosidades de valor cuestionable y en todo caso prescindibles. Son tantos los peligros y amenazas que hostigan nuestro 83 que no parece admitir comparaciones históricas. Por eso queda sin explicaciones suficientes, lo cual no significa que sea inexplicable. No sabe adecuarse a su propia historia; duda de su futuro; y la bomba nuclear puede acabar con todas las fechas humanas cualquier día de estos que vamos viviendo. Todo ello se sabe hartó bien. El mundo pide soluciones, como se suele decir, lo cual significa simplemente que va buscando no sé qué clase de salvación.

Pero creo que necesita algo previo: un planteamiento adecuado de los verdaderos problemas. Porque la verdad es que sin saber exactamente lo que tenemos que solucionar no podemos orientarnos, de modo que andamos despistados. Ignoramos nuestra situación; no sabemos dónde estamos. En varios sentidos, el mundo de 1983 nos es más ajeno que el de 1883. Es que hoy faltan puntos de referencia. Con las fechas citadas recordamos, como nos incumbe, al gran Ortega. Todo esto a modo de introducción al tema, porque mi motivo no es precisamente evocar al Ortega de las fechas de su centenario. No pretendo explicar a los lectores españoles lo que fue Ortega, mejor dicho, *quién* fue Ortega, como él gustaba de decir. Pido y esbozo a otro Ortega, un Ortega nuestro que sepa decirnos cuáles son nuestros problemas y realidades y cómo afrontarlos. Pido, pues, un Ortega desde dentro. ¿Dentro de qué?, me preguntarán. Dentro de esta realidad en que, para bien o para mal, nos ha tocado vivir. Necesitamos nosotros, los otros americanos que no hablamos su idioma y apenas conocemos al Ortega español, un Ortega nuestro, un Ortega americano. Y ¿por qué Ortega y no un Heidegger, un Russell, quizás un Sartre? Por razones muy sencillas y taxativas: «Ortega era la más sensible antena cultural de nuestro mundo hispánico incitada por la más ávida curiosidad intelectual que existía en la cultura de Occidente».¹ Suscribo la opinión de Marrero; Ortega no sólo es el filósofo más gráfico en su modo de pensar, sino el que más visión tiene del mundo. De ahí su actualidad con respecto a muchos problemas de nuestro 1983. No en balde le llama Julián Marías filósofo de la segunda mitad del siglo xx.

No debemos pasar por alto un hecho cuyo significado aún está por ponderar. Durante siglos lo español ha sido para otros países de Occidente un motivo folklórico, una realidad pintoresca. En muchos sectores de las varias sociedades occidentales sigue vigente esa noción de los españoles. Hay muchos (casi siempre los que no han leído a Ortega) que descartan sus aportaciones, calificándolas de curiosidades. Pero hay otros, y son cada vez más, que se dan cuenta de que España se ha incorporado de nuevo a la cultura occidental; y no significa tal reintegración la imitación superficial de lo que han hecho otros, sino que trae consigo un adelanto asombroso, sobre todo en arte y filosofía; sobre todo en filosofía.

Sin embargo, Ortega no nos basta. Dudo que los americanos encontremos en el Ortega español lo que nos urge hallar para poder vivir con cierta plenitud. Ni los problemas cuyo planteamiento resulta ineludible ni las soluciones imprescindibles se encuentran en las obras de Ortega. Para nosotros, Ortega ni es problema ni solución; pero puede ser algo aún más importante tal vez: una fuente de sugerencias, un mundo de virtualidades, un dechado de claridad mental. El Ortega que voy pidiendo puede propor-

¹ Domingo Marrero, «Crítica de la ciencia y concepto de la filosofía en Ortega», *La Horre*, año IV, núms. 15-16, julio-diciembre 1956, pág. 285.

clonarnos la luz con la cual resulta más fácil iniciar la búsqueda que nos impone nuestro destino.

Tengo que confesar que ya no me estimula gran cosa el Ortega de los estudiosos de su pensamiento. En las dos generaciones transcurridas después de su muerte, en 1955, se han publicado innumerables estudios sobre Ortega. Hoy día es punto menos que increíble lo que se sabe de Ortega en determinados círculos, y la bibliografía orteguiana de que dispone el estudioso de 1983 es de una minuciosidad incomparablemente superior a la de hace veinte o treinta años. No sólo se han publicado más artículos y libros, sino mejores —siempre con contadas excepciones, desde luego—.

Sin embargo, veo con no sé qué trepidación esta proliferación de la temática orteguiana. Tengo cierto temor de que Ortega se convierta en tópico, ya que con demasiada frecuencia se estudia lo que ya no se lee. Efectivamente, en su conjunto las obras sobre Ortega exhiben ciertas tendencias hacia un escolasticismo orteguiano; nos ofrecen un Ortega inactual, un pretexto más de investigación académica.

No es éste el Ortega que realmente me interesa y que me parece necesario en 1983. Tampoco es el que pido, porque repito que esto que voy escribiendo es una petición, un anhelo. Pido un Ortega, sólo que otro. ¿Cuál? Permítaseme una explicación.

He dicho que Ortega significa para nosotros un mundo de virtualidades. Ortega no es, ni puede ser, una solución concreta y definitiva a nuestro dilema porque el mundo ha cambiado o por lo menos han cambiado en él muchas cosas. No sé si es más lícito definir las cosas por su presencia o por su ausencia. Sólo sé que, en el caso nuestro, ese Ortega que voy pidiendo brilla por su ausencia. Se siente su falta. Se le perfila por el hueco de su realidad. No existe, pues, pero debe existir.

La realidad americana es enorme, inquieta y avasalladora. Julián Marías ha dicho acertadamente que los Estados Unidos son la proa del mundo occidental, y esto quiere decir de pronto que es una realidad importante, importantísima; la clave, si se quiere, para los que realmente pretenden saber lo que es el Occidente en el siglo xx. No quiero decir con esto que todas las realidades actuales que aparentan ser americanas lo sean. No. Es que aquí asumen su forma más típica e intensa. Pueden ser fenómenos más o menos mundiales (dicen que hasta en Polonia los jóvenes se visten de *jeans* y escuchan con embeleso típico la música *rock*), pero son fenómenos matizados por lo americano. No se trata desde luego de ideologías. Hace tiempo que estoy casi convencido de que en materia de dogmatismos ideológicos somos poco menos que ineptos.

A mi modo de ver, es que, a diferencia de Don Quijote, no «sabemos .quiénes somos». Si la realidad americana resulta deslumbrante y molesta tanto a nuestros amigos como a nuestros enemigos, algo insólito sin antecedentes históricos, creo que lo es más para nosotros mismos. Desde luego :no faltan ideas e interpretaciones del gigantesco fenómeno americano.

A falta de verdades pululan nociones. Contamos con centenares de sabios con sendos libros que pretenden describir el gran enredo americano. La fantasmagoría estadística y tecnológica nos ofrece mil y una imágenes de nuestra vida colectiva. Afanados por conocer el fondo esquivo de nuestra sociedad, los americanos absorbemos infinitas concepciones de lo que hemos hecho. Con efímeros entusiasmos que desaparecen sin dejar huellas, vemos pasar el incesante tráfico de fórmulas e hipótesis. Y resulta que hasta la fecha no hemos encontrado la interpretación adecuada de lo que somos. Si Ortega, desesperado, puede preguntar: «Dios mío, ¿qué es España?», tanto más nos urge saber ¿qué son los Estados Unidos? Vivimos en la incertidumbre que hostiga nuestras instituciones y amenaza desmoronar muchas cosas valiosas de difícil sustitución. Diría Ortega tal vez que somos naufragos, pero no se muere de naufragio si se encuentra a tiempo el medio de salvación.

El americano no sabe quién es. Sólo se da cuenta de que es distinto de los otros; y se avergüenza de sus peculiaridades, negando de un modo repugnante los valores de su cultura —los casos son frecuentes— o vanagloriándose de su «americanismo», convirtiéndose en el llamado «americano feo».

¿Cómo explicar este hueco filosófico en que queremos que infiltre algún Ortega americano? Lo más probable es que no se pueda dar ninguna explicación adecuada, aunque sí algunos comentarios al respecto. Creo que el intelectual americano tiende a no tomarse demasiado en serio, y, lo que es quizá más grave, no espera realmente que los otros lo tomen en serio. Más le interesa fabricar novedades que descubrir verdades, olvidándose tal vez de que lo nuevo que no cuenta con otro mérito que su novedad pronto se convierte en algo que ni es nuevo ni es nada. A mi juicio, lo que le falta a la intelectualidad americana son tres cosas: 1) responsabilidad, ya que, a diferencia de Ortega o Marías, por ejemplo, el americano dedicado a temas intelectuales en la mayoría de los casos no se siente responsable de nada fuera de un estudio específico. Frente a una indiferencia pública casi absoluta, excepto en contados casos, el pensador americano se entrega a caprichos y cabriolas intelectuales, de los que no tiene que dar cuenta; 2) por eso le falta, en última instancia, esa disciplina, la única verdadera de la vida humana, que proviene del contacto ineludible con las cosas, con la realidad, con los verdaderos problemas que, por abstractos que sean, son los de la vida concreta y personal del hombre; 3) por no sé qué misterio cultural, el intelectual americano cree que para pensar bien tiene que escribir mal en un casi-inglés, y, por consecuencia, que la realidad viene asociada con lo torpe, lo feo y lo pesado. Creo que ese Ortega soñado podría encontrar la raíz de muchas torpezas y groserías de nuestra sociedad en esa mínima metafísica. Yo me atrevo a decir que nuestra aversión a la elegancia intelectual va a la par con la actual degeneración del idioma inglés en América.

El americano sigue siendo bondadoso y enérgico. Restos de una antigua fe le sirven de puntos de referencia cada vez más desdibujados. Pero el

bombardeo incesante de falsedades y monstruosidades intelectuales le ha dejado embobecido. Apenas sabe distinguir entre realidades y apariencias y casi nunca (a no ser por pura intuición) entre voces y ecos, como quería Machado. Y no hay duda de que se han infiltrado en medio de tal incerti-dumbre colectiva muchas cosas repugnantes, sucias e inmundas. De ahí quizá la tolerancia americana para con la criminalidad en sus formas más llamativas y amenazadoras.

Necesitamos, pues, no un tópico más, no unas novedades más, porque nos sobran novedades y tópicos, sino alguien de molde orteguiano que nos diga clara y elegantemente que esto es tal cosa y eso no, que nos enseñe a distinguir, a elegir (de ahí, a ser «elegantes»). Nos hace falta ese Ortega que sepa de naufragios y de verdades que son formas —quizá las únicas— de salvación. Porque de esto se trata, de la salvación.

No hay plitud más gastada aquende el atlántico que la del mundo que va cambiando a ritmo vertiginoso. Pero ¿es cierto esto? Vertiginoso, sin lugar a dudas, pero quizá a modo de un carrusel que gira sin llevarnos a ninguna parte. Puede que la desesperación que, náufragos, experimentamos sea precisamente por la falta de cambios radicales. Hace decenios que, con reajustes grandes o pequeños, el mundo sigue padeciendo sus consabidos conflictos y tensiones, y lo que sigue igual siempre empeora al menguar la fe y la tolerancia.

Puede que éste sea el mundo rebelde que vislumbra Ortega en *La rebelión de las masas*: un mundo en que los pensadores ya no piensan de verdad, en que los dóciles no lo son, un mundo, en fin, en que no se elabora ningún futuro. Hace muy pocos años, el *slogan* o lema de los jóvenes rebeldes era *Now!* (¡Ahora!). Puede que sin una visión inteligente y responsable de un futuro posible (porque hay varios que no lo son por repugnantes e inhumanos), ese *Now!* se eternice. Creo que uno de los motivos de nuestro malestar colectivo es que sentimos caduco nuestro presente, sin que por eso aparezca nada mejor. Anhelamos el futuro, y no viene. Es probable que tarde en manifestarse ese futuro porque no lo hemos ideado de manera suficiente. No hemos tenido a ese Ortega que ordene nuestra realidad caótica y la encamine hacia un futuro lógico y viable —sobre todo viable, porque estamos hartos de esquemas y paradigmas del futuro más aptos para autómatas que para hombres y mujeres—.

Por tales motivos pido un Ortega desde dentro de esta realidad en que pretendo vivir. O, a falta de él, porque como Ortega dudo que haya dos, orteguistas que lo sean de verdad, es decir, verdaderos discípulos de su modo de pensar. Permanecer dentro de la problemática de Ortega, la que corresponde a otros problemas, es convertirlo en tópico tan clásico como inerte. Para mí, mucho más vale hacer lo que sugiere el mismo Ortega: «No hay más que una manera de salvar al clásico: usando de él sin miramiento para nuestra propia salvación —es decir, prescindiendo de su clasicismo, trayéndolo hasta nosotros, contemporaneizándolo, inyectándole pulso

nuevo con la sangre de nuestras venas, cuyos ingredientes son *nuestras* pasiones... y nuestros problemas—. En vez de hacernos centenarios en el centenario, intentar la resurrección del clásico re-sumergiéndolo en la existencia»².

Porque también se trata de salvar a Ortega.

H. R.*

² *Obras completas*, IV, pág. 419.

* Profesor de la Universidad de Houston. Autor de los libros *Ortega, filósofo de la unidad europea* y *La visión responsable: la filosofía de Julián Marías*.